



Los trancos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

En esta ocasión nuestro dilecto amigo, el escritor Carlos Bracho, nos presenta un Tranco en el que aborda un tema que le es muy querido: El de la mujer que es capaz de amar sin medida y sin freno y sin exigir nada a cambio, nada excepto ser amada en la misma medida que ella puso en la lid. Pero veamos cómo desarrolla nuestro autor esta trama casi mágica. Sí, así, sin mayores comentarios de este tres veces H. Consejo editorial, dejemos que corra la tinta:

Aquella vez, en que la tarde caía con una velocidad nunca vista, y la luz desaparecía por el horizonte, las cosas tenían algo que las presentaba como algo fuera de lo normal. Sí, para explicar un poco lo extraño de todo lo que acontecía a mi alrededor trataré de describir el entorno en el que yo estaba metido: cuando el sol estaba en su apogeo nada en la playa se movía, ni las palmeras, ni los pelicanos, ni los cangrejos. Había una calma chicha quizá rota por el leve ruido de las olas y el

rumor del mar en lontananza. Ese murmullo de las olas me obligaba a pensar en ella.

Hacía ya tres años en que velamos su cuerpo en aquella capilla ardiente, su cuerpo que era para mí espíritu, carne, diablo, vida, lujuria, amor, tensión, calma y sueño; sí, su cuerpo lo era todo para mí; ella tenía una pequeña sonrisa que me incendiaba cuando la hacía conmigo.

Pero mejor sigo diciendo lo que pasó esa tarde del séptimo mes. Sí, mejor les cuento a todos, que permanecí sentado en el pequeño promontorio que dominaba la visión de la playa solitaria. Todo aquello era para mí, todo me pertenecía: el calor del mediodía, la brisa lenta que me llegaba a todo el cuerpo, el aire que jugaba a ser un niño quieto pero que cuando me daba en el rostro sentía un alivio de años. Así permanecí en la arena, solo y mi alma, solo y el recuerdo de ella, solo y el sonido de sus besos, solo y el sentir de sus caricias sobre mi piel, solo yo y el recuerdo de su locura amorosa, de su entrega inacabable, de su pasión que no parecía acabar nunca; pero sobre todas las cosas, por sobre aquellos momentos, en donde nuestros cuerpos se saciaban de pelear y de arrojarse uno sobre el otro, y de maniatar-

nos, y de correr, y de batallar muslo a muslo, brazo a pierna, boca a lengua, quedaba para mí y para ella, el saber que la medida nuestra era para ella mi mano y mis dedos y mi boca, y para mí lo eran sus uñas de gata maligna, su lengua de fuego tenaz y turbio y su voz que llenaba los confines de mi yo entero. Sí, así permanecí por horas y horas con la mirada fija en el mar, con mis ojos clavados en la arena de la playa y en la espuma cuando se deshacía al tocar la arena y que en mi delirio por su ausencia mi mente la dibujaba en todos lados. Luego un pelicano reflejó su sombra justo en donde mi sombra se hacía más fuerte. El pájaro descendió un poco, dio unas siete vueltas alrededor de mi cuerpo, me miró con una mirada que traspasó mi frente, detuvo un poco el vuelo y una vez cumplida su tarea de observarme enfiló hacia el poniente perdiéndose luego entre aquellas palmeras. Aunque el animal hacía un buen rato que había desaparecido, su sombra permaneció dibujada mucho tiempo en aquel sitio. Ahora fue muy claro el ruido de sus alas, aunque, como digo, el ave había volado antes, su batir me hizo cimbrar, y luego el viento levantó unas hojas. Era un pequeño remolino que levantó la sombra al huir de su sitio. Fue la sombra. Solo la sombra la que siguió el rumbo que antes había sido trazado. Luego otra vez la calma, el agujeteo del recuerdo, el dolor de no tenerla ya en tantos años. La angustia de saber que con su partida mi soledad era –es– casi total. Yo mismo, para darme coraje, para levantar mi espíritu, para darme ánimo, me repetía una vez y otra que su ausencia era temporal, que sus brazos llegarían nuevamente para jugar con los míos, que sus ojos estarían de regreso en cualquier noche y, como siempre lo hacíamos, al caer el sol nuestros cuerpos también caerían, también sucumbirían el uno ante el otro y que la noche tropical sería más que fría ante el calor que de nuestros cuerpos brotaría.

Cuando el sol estaba ya en su cenit y el cíngulo morado se atrevía a asomarse por el espacio. Sentí claramente como una mano se posaba en mi hombro. Era

una mano grande, una mano de mujer, era la mano de mi amiga de siempre, de antes, de ayer, la mano suya que sabía como tomar mi hombro. Aturdido, pues no alcancé a reaccionar por la infinita sorpresa, tardé algunos segundos en volver la vista hacia atrás. No había nadie. Clavé mi cabeza en mis rodillas, y ahora fue su voz de sonidos de flor, de rama y río la que me hablaba, se escuchó voz todavía más clara que el sonido del albatros que pasó en vuelo rasante en esos momentos culminantes. Sí, era su voz, era su timbre que acariciaba mis oídos, era su voz que me llenaba de esperanzas, era su voz de muchacha pendenciera la que llamaba. Oré, lloré, me encomendé a todos los íncubos y le recé a todos los luzbeles y a todos los santos y todas las vírgenes y le pedí a las olas y a los peces que si en realidad era su voz, la voz de mi amada, que ahora sí fuera ella de verdad. Nada. Ni cerca ni lejos, ni allá ni más acá, ni por ese lado, ni por el otro. Su ausencia era la que enmarcaba mi soledad. Quizá fue su voz, aquella voz que tanto tiempo atrás me marcara y que ahora salía de mi ser invocada por mi



Antonio Ledesma



Mel

pena. Luego escuché sus pasos sobre la arena. Esta vez permanecí quieto, no moví ni mis pestañas, dejé los ojos fijos en aquél horizonte. Los pasos se acercaban a mí, eran unos pies descalzos. Me quedé petrificado. Juro que eran sus muslos, sí, cuando pasó a sólo unos centímetros de mi vista alcancé a distinguir la herida aquella que le infringí cuando le arranqué el vestido. Era ella, era la mujer que había muerto en aquella tarde de junio, era

la mujer que había dejado su sabor en mis labios, era ella y nada más que ella. No osé moverme nada, mi cobardía me impidió abrazarla en ese instante; cuando me había rebasado, cuando ella estaba a unos metros de mis manos. Me armé de todo el valor, me sobrepuse al encanto y lentamente moví mi cabeza hacia donde ella se dirigía. Era ella. Claro que era ella. Ahora el sol que hacía rato había empezado su descenso cotidiano, detu-

vo su marcha circular y todo, absolutamente todo –de eso me di cuenta– quedó congelado, quedó todo así, cielo, mar y tierra y árboles y palmeras y ruidos y olas y espuma, quedó, digo, como impreso en una fotografía lunar. Nada tenía ni el más leve movimiento. Ella, al sentir mi mirada eufórica, al sentir que yo estaba parado, contemplándola, detuvo también su marcha, y empezó a girar su cuerpo hacía donde yo me encontraba. Era ella, ella. ¡Oh, Júpiter, oh, planetas todos, oh Dioses! Di el primer paso. Y fue eso como una señal maligna, el sol terminó su giro, las nubes recuperaron su movimiento, las palmeras agitaron nuevamente sus frutos y sus largas hojas, los arbustos sacudieron la modorra y las aves pasaron jugando con las crestas de las olas que adquirieron una altura y un garbo insospechado, el viento que traía la sal del mar me hizo cerrar los ojos un instante. Al abrirlos, lo que yo temía, lo que yo había pensado que era un sueño, lo que yo había imaginado: sí, ella, ella que era ella hacía un segundo, ya no era ella, ya ella había volado hacia sí misma. ¡Qué golpe! Qué tristeza. Tan cerca que la tenía y tan lejos que está donde siempre ella ha estado. Sí, las cosas son así. Hay veces en que yo quisiera que los instantes en que la tengo cubierta por mis brazos no acabaran nunca, que su cuerpo y mi cuerpo permanecieran por los siglos de los siglos unidos en un nudo inexplicable. Hay algunas veces en que me digo que no debí haberla soltado nunca, que aquella vez en que la tenía enredada en mis piernas no debí de haberla liberado, debí apretar y apretar y apretar todo el tiempo en que tarda Saturno en apretar la Tierra.

Ya la luna había reemplazado a todo objeto en el horizonte. Ya la noche marcaba mis pasos, que los dirigía, desolado, hacía la pequeña choza a la que había convertido mi soledad en tibio albergue. Me recosté. Había apenas cerrado mis ojos cuando algo –ella y sólo ella– me rodeo la cintura, me tomó mis brazos y bs pasó por sobre su cuello. Allí estaba ella, ahora sí. No

quise pellizcarme, no quise pensar en nada más que en ella, y en que estaba allí con todo su cuerpo. No quise romper el hechizo. No le pregunté nada. No hice ninguna reflexión. No me atormenté pensando que ella estaba muerta. No. ella estaba allí y eso era lo importante, eso era lo único que podía abstraerme: ella y sus besos, ella y su risa, ella y su calor, ella y su fuego. No digo lo que hicimos. No cuento cómo pasé aquella noche. No diré una palabra de lo que gozamos aquella misteriosa noche. Sólo puedo decir que fue cierto, que fue verdad todo lo que he contado. Si alguien cree que pueda ser una mentira, lo dejaré que siga su camino. Si alguien piensa que deliré y que soñé y que fue el recuerdo el que me hizo navegar entre sus brazos, que crean lo que quieran, que piensen lo que piensen. Yo no revelaré nada. Permaneceré callado para siempre. Y ahora, ya reconfortado, cada noche asistiré a mi playa secreta para vivirla otra vez. Para tenerla otra vez...

